

EL CURA DE BOURRON

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE
LETRAS Y CIENCIAS
MEXICO, D.F.

BIBLIOTECA DE MONTELEONE
BIBLIOTECA DE MONTELEONE
"ALFONSO"
Apto. 1000 MONTELEONE

EL CURA DE BOURRON

Hará unos veinte años fui nombrado, aunque careciendo de méritos para ello, bibliotecario del palacio de Fontainebleau. En el mes de junio de 1868 ocupé, en tal concepto ¡desgraciadamente por poco tiempo!, las antiguas habitaciones del Ministro Louvois, situadas en el gran patio de entrada, llamado de la Herradura ó de las Despedidas.

Estaba muy bien instalado allí, acaso demasiado bien, pues mi salón era casi tan vasto como el gran salón del Louvre. Aquello era, en verdad, muy grande para un hombre solo.

En efecto: había ido solo, no creyendo prudente instalarme en Fontainebleau con toda mi familia, en primer lugar porque no debía permanecer allí más que el tiempo que permaneciese la Corte, y en segundo por un justo y profético sentimiento de la inestabilidad de las cosas de este mundo.

Aquel año precisamente debían pasar los Emperadores en Fontainebleau toda la estación de verano. Cuando SS. MM. supieron que el bibliotecario.

ocupaba solo su vasta morada, tuvieron la extrema bondad de invitarle á sentarse todos los días á su mesa.

Por espacio de tres meses disfruté de aquella gracia soberana, y conservo de aquella diaria intimidad miles de recuerdos de dulzura y de tristeza incomparables. Guardo el cuaderno en que están escritos, día por día, esos recuerdos; pero no ha llegado el momento, ni sé si llegará, de entregarlos al público. Mientras llega ese día, voy á permitirme relatar un episodio de los menos íntimos.

Debo convenir en que mi plaza de bibliotecario era una verdadera canonjía. Educado en medio de los abusos del antiguo régimen, me aprovechaba de ellos con una especie de dulce inconsciencia. No tenía yo la culpa de que mis funciones no fuesen más activas. Me hallaba siempre dispuesto á dar libros á los amantes de la literatura; pero, á excepción de los habitantes del palacio, nadie me los pedía. Recuerdo que algunos curiosos atravesaban la biblioteca los domingos; pero ninguno de ellos llevaba su curiosidad hasta la indiscreción. No por eso dejaba yo de permanecer durante muchas horas subido en la escalera de manos, á la que hacía rodar con gran estruendo de un extremo á otro de la galería; pero era únicamente por entretenerme en algo.

Como saben la mayoría de mis lectores, la biblioteca del palacio de Fontainebleau está instalada en la antigua galería de Diana, encima precisamente de la galería de los Ciervos, en la que Monaldechi fué asesinado por orden y casi en presencia de la

Reina Cristina. Allí se conservaba, y supongo que se conservará aun en la actualidad, en el marco de una ventana de la biblioteca, su cota de malla, agujereada y cubierta de enmohecidas manchas de sangre.

En una extremidad de la galería de Diana se abría una puerta que daba paso al gabinete del bibliotecario, cuyas altas ventanas se abrían sobre los jardines de l'Orangerie, que eran en aquella época los jardines reservados de la Emperatriz. Es imposible que ningún poeta, ni ningún filósofo, ni hombre de estudios, pueda imaginar un retiro más agradable.

Todas las mañanas, cuando llegaba, entre ocho y nueve, á aquel lugar predilecto, experimentaba un momento de éxtasis. La estación de verano fué excepcionalmente bella y calurosa aquel año. Las grandes ventanas que daban á los jardines, completamente abiertas, dejaban penetrar en mi habitación los suaves aromas de los prados y de las flores, las frescas notas de una cascada y los dulces cánticos de los pájaros que se elevaban de la espesura de los bosquecillos. Abstracción hecha de estos ligeros y encantadores ruidos, reinaba allí el majestuoso silencio de las profundas soledades, influyendo más sobre el espíritu por la severa y grandiosa impresión que produce el interior de un palacio.

Allí recibí una mañana la visita de un anciano sacerdote, que me contó su historia con voz conmovida. Se llamaba el abate Pougeois. Desde su juventud había sido cura de Bourron, pueblo situado á algunos kilómetros de Fontainebleau, al otro lado del bosque.

Demasiado instruido para cura de pueblo, había

descubierto que un sabio orientalista de la época de Luis XIV, el padre Vansleb, dominico, que había caído en desgracia con Colbert, había ido á morir á Bourron, después de haber ejercido allí las modestas funciones de vicario.

El abate Pougeois se había identificado con una especie de piadosa pasión con la memoria de aquel infeliz y olvidado sabio; había llegado á encontrar en una capilla de la iglesia de Bourron su ignorada tumba y la había hecho restaurar. Luego, secundado en sus pesquisas por la activa oficiosidad de monsieur Champollion-Fégac, mi venerable antecesor en la biblioteca de Fontainebleau, había reunido laboriosamente todos los elementos necesarios para hacer una biografía del padre Vansleb. Mr. Champollion-Fégac le animaba en aquel trabajo, prometiéndole que lograría obtener, por mediación del Emperador, el concurso del Estado para la publicación de su libro, porque el abate Pougeois presentía, con mucha razón, que la *Vida del padre Vansleb* no había de tentar la codicia de los editores, y él, que era el más pobre de los curas de pueblo, no se hallaba, por lo tanto, en condiciones de sufragar por sí mismo los gastos de la edición.

Animado por las esperanzas que le daba Mr. Champollion, había proseguido ardientemente su obra.

Después de algunos años de trabajo había tenido la inmensa satisfacción de terminarla, y acababa de poner en limpio su precioso manuscrito, que contenía materia para un gran volumen en octavo, cuando murió Mr. Champollion-Fégac.

Este fué un golpe terrible para el pobre cura, que perdía al mismo tiempo su amigo y su único protector. Desde aquel momento creyó completamente estéril su largo y querido trabajo de la vejez, vió á su manuscrito condenado á eterno incógnito y al padre Vansleb, su héroe, sumido de nuevo para siempre en el olvido de la posteridad.

Mr. Champollion era, como él, erudito y viejo; con esos dos títulos había debido interesarse en sus sabios estudios; pero ¿qué podía esperar del nuevo bibliotecario, que ni era erudito, si siquiera viejo?

Me figuro que aparecía yo, á los ojos del abate Pougeois, como una especie de frívolo petimetre, del que no podía esperar para su padre Vansleb, ni aun para él mismo, más que una acogida burlesca.

Había hecho evidentemente un gran esfuerzo de valor para decidirse á afrontar esta prueba; le vi entrar con la vista inquieta y la frente pálida é inundada de sudor, que brotaba de entre sus blancos cabellos. Me refirió con temblorosa voz sus largos y constantes trabajos, sus esperanzas, su decepción y sus angustias.

Tuve, como era natural, un gran placer en hacerle ver lo infundado de sus temores y en ofrecerle mi apoyo, sin garantizarle, sin embargo, el éxito.

Al día siguiente me llevó su manuscrito, cuyo considerable bulto me dejó pensativo. Nunca he abierto sin temblar los manuscritos que me han hecho el honor de someter á mi aprobación; pero no había ojeado ninguno con tanta inquietud. Preciso

era que la obra del abate Pougeois fuera muy mala para que mi conciencia se negase á recomendársela á los poderosos de la tierra.

Pronto me vi libre de todo escrúpulo bajo este punto de vista. La *Vida del padre Vansleb* era una obra de lectura un tanto austera, pero muy bien escrita y bastante interesante.

Faltaba, pues, tan sólo obtener del Emperador la suma necesaria para la impresión del libro: el viejo abate calculaba que el importe de ésta ascendería á 600 pesetas.

En su inmensa pobreza, le parecía tan enorme esta cifra que no se atrevía á pronunciarla, y la expresión de su fisonomía no hubiese revelado más temor si se hubiera tratado de 600.000 pesetas.

Admitido por un sentimiento de delicada amabilidad en la intimidad de la casa Imperial, me creía con menos derecho que nadie para representar en ella el papel de intercesor pediguéño. Me había, pues, impuesto una absoluta prohibición en este punto, y sólo el tratarse de un caso tan excepcional como el del abate Pougeois podía hacerme quebrantar esta resolución. Aunque el Emperador me dispensaba siempre una acogida muy afectuosa, la familiaridad que yo podía permitirme con él no llegaba hasta el punto de poder llevarle á un rincón á fin de contarle historias y presentarle solicitudes. Pedirle una audiencia me parecía dar al asunto demasiada solemnidad, y tropezaba además con el obstáculo, de que he desconfiado siempre, de mi elocuencia.

Por fin me decidí á hacer una corta relación del libro de mi protegido, recordando la especie de compromiso que mi antecesor había adquirido con él é insistiendo en las partes interesantes y sentimentales del asunto.

Mi amable amigo Franceschini Pietri, secretario particular del Emperador, tuvo á bien encargarse de entregarle mi exposición.

Confieso que esperé con impaciencia el resultado del paso que me había resuelto á dar; por honroso que fuese el motivo, mi instancia era al fin y al cabo una petición de dinero, y las peticiones de dinero tienen siempre un carácter especial de indiscreción.

La suma no era, en verdad, tan considerable que constituyese un importante gravamen para la lista civil; pero sabía que el Emperador estaba abrumado por peticiones del mismo género, y que se había visto obligado, por consiguiente, á limitar sus liberalidades y á otorgarlas en proporción de la importancia del objeto.

¿Le parecería la rehabilitación del padre Vansleb de tan imperiosa oportunidad que se creyese obligado, en conciencia, á pagar los gastos de la publicación de su vida? Esto era bastante dudoso, y, haciendo abstracción de la mortificación de amor propio que yo había de experimentar al ver negada mi instancia, temía que el pobre viejo sufriese una amarga decepción.

Mi ansiedad no se prolongó mucho. Al día siguiente de entregar la exposición á Pietri había yo ido, como de costumbre, á las seis y media al salón

de San Luis, que se abre en la extremidad de la galería de Francisco I, y en el cual se reunían los huéspedes del castillo un poco antes de la hora de comer.

A los pocos instantes entró el Emperador: iba seguido de Pietri, quien me buscó con la vista y se dirigió hacia mí.

—Para vuestro cura—me dijo deslizando en mi mano un rollo que contenía 30 luises.

Vi que el Emperador me miraba, y me aproximé á él para darle las gracias.

—He tenido mucho gusto en complaceros—me dijo con temblorosa y dulce voz;—además, la historia de ese pobre cura me ha interesado vivamente y me ha conmovido mucho...

Dió el brazo á la Emperatriz, y pasamos, á través de un gran laberinto de salas y pasillos, á la admirable galería de Enrique II, que era donde se acostumbra á servir la comida durante el verano, por ser el sitio más fresco. Algunas veces se sentía allí demasiado frío.

Excepción hecha de dos ó tres circunstancias excepcionales, no hubo aquel año en Fontainebleau ni invitaciones ni fiestas. La Corte se componía exclusivamente del personal de servicio, es decir, de las damas de honor, de los funcionarios de palacio que se suceden por turno en su papel y de algunas personas á quienes SS. MM. distinguían con su afecto. Rara vez se sentaban á la mesa más de quince convidados. Las comidas, sobre todo hacia el fin de la jornada, eran generalmente silenciosas. Aunque se había desterrado toda etiqueta de aquellas íntimas

recepciones, y á pesar de la insinuante afabilidad de las personas imperiales, una reserva, natural en semejante sitio, reducía la conversación á algunas palabras, cambiadas á media voz entre vecinos.

El Emperador, triste, se abstraía en profundas meditaciones con la mirada vaga y distraída, despertando de tarde en tarde de sus largos éxtasis para dirigir una pregunta cariñosa á alguno de los asistentes.

La Emperatriz, con su gracia habitual, trataba de cuando en cuando de generalizar la conversación. Pero en aquella época estaba también muy triste.

La sombra de las próximas tragedias parecía extenderse ya sobre el antiguo palacio y sobre sus huéspedes.

El Emperador, aunque ocultaba sus sufrimientos, estaba ya en aquella época gravemente atacado por la enfermedad que había de llevarle al sepulcro.

Corrían ya rumores de guerra. La autoridad del régimen se debilitaba en el interior. Los síntomas alarmantes públicos ó secretos se sucedían de todas partes. Los que rodeaban á SS. MM. hablaban entre sí de estas cosas y se mostraban preocupados. El peligro, la desgracia y el abandono se cernían ya en el aire.

Durante la *soirée* de que me ocupo, y por más que el incidente del cura de Bourron abstraía casi por completo mi pensamiento, recuerdo que me produjeron mayor impresión que de costumbre aquella especie de malestar y aquellos siniestros presentimientos que parecían pesar sobre los allí reunidos. Pen-

saba en aquellas silenciosas comidas de los últimos años de Luis XIV, de las que San Simón y la madre del Regente nos han dejado tan sorprendentes descripciones.

Durante el día había hecho un calor sofocante, y, como sucedía amenudo, iba á terminar por una tormenta que estaba próxima á descargar cuando nos sentamos á la mesa. A pesar de estar abiertas las grandes ventanas que dan al parque y al patio oval, la magnífica galería se hallaba sumida en una media oscuridad y la mesa parecía perderse en su centro. Los relámpagos se repetían casi sin interrupción, reflejando sus siniestros resplandores sobre las frescas pinturas del Primatico (1). El joven Príncipe Imperial, sentado á la derecha de su padre, contaba en alta voz los segundos que trascurrían entre el relámpago y el trueno. Era aquella una escena á la que la sucesión de los tiempos debía prestar un carácter inolvidable.

Al abandonar la mesa solíamos volver de nuevo al salón de San Luis, y allí se tomaba el café; algunos caballeros salían á fumar; otros, en compañía del Emperador, la Emperatriz y las damas, bajaban por una escalera exterior al patio de la Fuente, y de allí pasaban á la orilla del estanque de las Carpas.

Solíamos embarcarnos con frecuencia en una de las canoas ó góndolas que formaban, en el estanque,

(1) El Primatico. Pintor italiano que decoró el palacio de Fontainebleau.

una armada en miniatura y á las cuales remolcaba un vaporcito.

Después de estos paseos en barco, la Emperatriz acostumbraba á sentarse durante las pesadas noches de verano en un banco del jardín, situado delante de la puerta del salón chino, que se abría enfrente del estanque y al cual se subía por una escalera de cinco ó seis peldaños. En esta escalera, cubierta con tapices ó alfombras, nos agrupábamos en torno suyo, y la conversación se prolongaba hasta bastante tarde, contemplando el estanque, en el que se reflejaban las estrellas y las grandes sombras que le rodeaban.

Recuerdo aún perfectamente que aquella noche el lenguaje de la Emperatriz demostraba una especie de extraordinario desfallecimiento y de profunda melancolía.

Había ocurrido aquel día un suceso que, aunque insignificante, parecía, sin embargo, haberla causado una impresión demasiado viva.

Volvían los Emperadores de un paseo por el bosque, y el carruaje de la Emperatriz, en el que la acompañaba su hijo, corría á galope por el enlosado camino, cuando un individuo muy mal vestido, que tenía aspecto de italiano, y que iba delante, se detuvo bruscamente, y conservando el sombrero en la cabeza, miró á la Emperatriz, y particularmente al joven Príncipe, con aire de evidente provocación.

El Príncipe, aunque muy niño aún, comprendió indudablemente aquel insulto, porque se volvió hacia el hombre y le dirigió una mirada de desafío y

de desdén; la Emperatriz se había vuelto al mismo tiempo, con el rostro encendido y las pupilas violentamente contraídas: los oficiales de servicio se pusieron en pie en sus carruajes, dispuestos á saltar al camino; pero la Emperatriz les dijo que no se moviesen, levantó los hombros con desdén é hizo una seña á los vacilantes postillones para que continuasen la marcha.

¿Había asaltado á la Emperatriz, como nos había asaltado á algunos de nosotros, á la vista de aquella feroz y amenazadora aparición, un vago recuerdo del fantasma del bosque de Mans?

No lo sé, pero es lo cierto que estaba muy preocupada. Cuando el príncipe Imperial fué á presentarla sus infantiles mejillas, al retirarse á descansar, observamos que le besaba con más efusión que otros días; y cuando hubo partido, después de un instante de silencio:

—Espero que será valiente mi hijo... ¿No os parece?...—nos dijo.

Y repitió muchas veces como abstraída:

—¡Mi hijo!... ¡mi pobre hijo!

Después de una nueva pausa de silencio, y por una secreta correlación de ideas que fácilmente se comprende, nos empezó á hablar del Emperador Maximiliano, cuyo trágico fin era un acontecimiento reciente aún.

Había visto hacía pocos días, según nos dijo, á la joven y encantadora viuda del General Miramón, que había sido fusilado en Querétaro al mismo tiempo que el Emperador.

La señora de Miramón, que había seguido á su esposo hasta el lugar de la ejecución, había contado á la Emperatriz detalles conmovedores de aquel triste acto, entre ellos éste, que no creo que sea muy conocido:

“Dos eran los pelotones de soldados mejicanos encargados de la ejecución: uno de ellos, compuesto de buenos tiradores, estaba destinado al Emperador; el otro se componía de quintos mal adiestrados aún en el manejo del arma. Cuando llegaron el Emperador y Miramón, un oficial designó á Maximiliano el pelotón encargado de darle muerte; Maximiliano se volvió entonces hacia Miramón y le dijo:—No puedo daros más prueba de amistad que ésta: coloaos aquí, lo exijo.

El hizo colocarse á Miramón ante el grupo de soldados aguerridos, colocándose él ante el otro. Miramón murió instantáneamente; el Emperador fué acribillado y sufrió durante mucho rato.,,

A la Emperatriz se le saltaban las lágrimas al referirnos aquel rasgo de suprema generosidad, cuyo heroísmo la impresionaba en el lugar más sensible de su corazón.

La tormenta que había estallado durante aquella velada sobre Fontainebleau no fué todo lo terrible que amenazaba ser. Se dispó pronto. Aún se oían caer, de hoja en hoja, gotas de agua desde lo más elevado de los gigantescos árboles que rodean el estanque, á través de los cuales pasaban repentinas ráfagas de viento.

La Emperatriz escuchaba estos ruidos de la no-